

PA 2625

-E53

C682

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Á DOS PESETAS EL TOMO

El Divorcio de la Condesa.
Teresa Valignat.
La Rosa de los Mercados.
Corazón de Oro.



CORAZÓN DE ORO (*)

I

SON muy pocas las personas que ignoran lo aficionados que son los parisienses á pasar un día de campo, y lo mismo que los colegiales que cuentan con anticipación de meses los días que faltan para las vacaciones ó los presos las horas que han de transcurrir antes de que se abran las puertas de la prisión, el parisién, atado por la obligación al escritorio, al taller ó al mostrador, de igual manera que los antiguos siervos de la gleba al terruño, cuenta y calcula los instantes que le separan del domingo que es para él día de libertad.

En esos momentos en que sueña prométese el esclavo parisién respirar con toda la fuerza de sus pulmones el aire puro del campo, recuerda las alegrías infantiles de la comida sobre la polvorienta hierba, ó medita en la visita que vá á hacer á amigos que más dichosos que él, poseen una casita de campo en la que cultivan un huerto de tamaño de un pañuelo de bolsillo.

(*) El episodio anterior se titula LA ROSA DE LOS MERCADOS.

Llega lentamente el domingo, pero al fin llega como todo, y la familia se pone en marcha cargada de paquetes ó con cestos de apetitosos manjares. En el camino encuentran más sol que sombra, la hierba es más escasa que el polvo que lo llena todo con abrumadora insistencia, y hay momentos en que el cansancio sobrepónese al placer y las emanaciones de los feos suburbios de la populosa capital no tiene ninguna semejanza con los delicados perfumes del heliotropo ó la flor de azahar.

Al llegar la noche regresan los viajeros rendidos de cansancio, derrengados, los niños durmiendo con la cabecita apoyada en el hombro paternal dolorido, y todos á una dicen, al comparar la casa con el chiscón en que bien ó mal se refugiaron durante algunas horas que duró la borrasca que sorprendió á la tribu errante, que aquel es un Paraíso lleno de comodidades que no debía abandonarse nunca.

A Rosa Godin no podía tacharla nadie de tener gustos vulgares, y no obstante, el domingo que siguió al regreso del marqués de Breynes á su hotel, levantóse con la aurora y lo primero que hizo fue abrir la ventana y consultar el horizonte á través de un verdadero bosque de chimeneas.

El sol presentábase por el horizonte precediéndole sonrosadas fajas, y en el cielo azul no se veía ni la más ligera nubecilla.

—¡Qué día más hermoso! ¡Anita, Anita! ¡Anda, muévete!

La niña no dejó que la repitiesen la orden, porque tenía esperanzas de pasar un día muy divertido corriendo por entre los cuadros del huerto de Languéal, ¡Pobre Anita!

Lavóse precipitadamente con agua fría, recogióse el pelo ya abundante y largo sobre su cabecita de niña enfermiza á la que solo faltaba aire y sol para crecer y hacerse fuerte, poniéndose el corsé de tela gris, las faldas y atándose el delantal. Estaba dispuesta á echar á andar cuando Rosa dispusiera; pero ésta tardó un poco más.

Disponíase á salir de la habitación cuando oyeron al otro lado del estrecho patio el ruido producido por una ventana al abrirse. Era la que estaba precisamente frente á la suya y en su hueco presentóse la señorita Carpiquel sin arreglarse aún, y es preciso confesar, en honor de la verdad, que en ese estado, el tocado de la solterona carecía de prestigio.

Era la primera vez que Rosa la veía sin sus ornamentos de rigor, con el negro traje cerraco, el almidonado cuello, lo mismo que sus puños y su cofia blanca de lienzo. Para que se presentase en público de aquel modo era preciso que tuviese un proyecto importante ó que hiciese muy poco rato que se había despertado.

—Hace un tiempo magnífico, señorita Rosa,— dijo con acento jovial.

—Sí, señorita Carpiquel, un día soberbio.

—Hace un momento que me estuve acordando de vos, señorita Rosa.

—¿A propósito de qué?

—Por el buen día; ¿no váis á pasarlo á Argenteuil?

—Sí, en cuanto concluya en el Mercado, ¿cómo os habéis levantado tan temprano?

Habíase levantado tan temprano porque se proponía oír la primera misa en Saint-Merry para poder disponer luego de todo el día, pues se temía una tentación.

—¿Y qué tentación es esa, señorita Carpiquel?

—La de ir á pasar un día de campo.

Hacia muchos años, según dijo, que tenía ese capricho, y por una vez no había ningún inconveniente en satisfacerlo, pero apenas conocía los alrededores de París, y no sabía á donde dirigir sus pasos.

Rosa era muy amable, y además, la solterona habíase captado su amistad y simpatías el día en que la ofreció prestarla dinero, y aunque no tenía pensamiento de aceptar el ofrecimiento, no dejó de agradecerlo.

¿Por qué la señorita Carpiquel no podía aprovecharse de su compañía y pasar la tarde en las cercanías de Argenteuil? Podían hacer juntas el viaje si su compañía no desagradaba á la vecina.

—¡Y cómo negarme á aceptar tan buena proporción!—contestó la solterona.

¡Y casi se atrevió á decir *inesperada!*

Con mucho apresuramiento, porque Rosa no quería entretenerse, dijo á la solterona que en Argenteuil encontraría buenos res-

taurants, y que si se aburría sola que la dejaría en su compañía á Anita, lo que ella no podía hacer sin quedar mal con los Ragueneel, además de lo que estaban haciendo con su madre.

La rentista solterona se puso muy contenta con la oferta.

—Te prometo,—dijo dirigiéndose á Anita,—que te voy á obsequiar con una buena comida.

Bajaron al Mercado y Rosa se dedicó á sus acostumbradas faenas, observando que la *Pintada* aprovechaba cuantas ocasiones hallaba á mano para darla pruebas de su animosidad, y en la subasta pujó los lotes de pescado sin ton ni son, con objeto de quitárselos de las manos.

El sol brillaba en el cielo con todo el esplendor, reflejándose en los azulados lomos de los salmones, y en las estrias caprichosas de las lampreas, predisponiéndola á la bondad, y todo lo veía de color de rosa.

Alegrábala mucho la idea de abandonar durante unas cuantas horas el puesto, dejando á las anguilas que descansasen enroscadas en sus pilas de mármol, y á los cangrejos encerrados en sus cestos de mimbre, que en pequeño era para ellos lo que para las personas las enormes verjas del monstruoso Mercado.

Es preciso confesar que no era esto sólo en lo que pensaba, sino que también acordábase de Pedro Ragueneel, al que no había visto hacia cinco días, y que al parecer la

olvidaba. Desde este tiempo no se había presentado en el pabellón de los pescaderos, habiendo sido la madre Ragueneil la que dió noticias á Rosa de la enferma, y además la dijo la vispera:

—Hija mía, mañana os esperamos á comer en casa. Llevad á Anita en vuestra compañía, que eso la distraerá.

La hortelana no dijo nada más, porque sus discursos nunca eran muy largos, bastándola muy pocas palabras para expresar su pensamiento, y luego ¡adiós!

Por la mañana presentóse Hipólito, aprovechando un momento de descanso entre sus viajes, y preguntó á Rosa cómo seguían.

Era un espectáculo conmovedor el que ofrecía este pobre hombre, un desheredado también, cuyo cariño, que no podía ser más desinteresado, concentrábase en aquellas mujeres, madre é hija, sólo porque en otro tiempo había servido como criado en la casa en que nacieran la una y la otra. Para evitar un dolor ó un disgusto á Rosa habíase Hipólito dejado cortar un dedo; pero no dejaba de comprender que en caso de necesidad, tanto la madre como la hija se habrían convertido en Hermanas de la Caridad para cuidarle, acudiendo en su auxilio y partiendo con él su último bocado de pan.

Después del mozo de cordel tocóle su turno á Ladurin, que se mostró muy apenado cuando supo que Rosa iba á Argenteuil á pasar el día en casa de los Ragueneil, en donde tenía una competencia desastrosa para

él; mas consolóse recordando que también él, por su parte, iba á Sannois á pasar la tarde en la granja de un primo suyo, en donde habían organizado una fiestecilla, y que podían hacer el viaje en el mismo tren.

En el momento en que Ladurin se separaba del puesto de su ídolo, apeóse de una magnífica victoria, á la que iba enganchado un alazán tostado, y que se detuvo ante el pabellón del pescado, un caballero vestido con extraordinaria elegancia, con un terno claro propio para las mañanas. Orientóse el recién llegado, y con el bastón bajo el brazo internóse en el intrincado laberinto de las calles de ese pabellón.

—¿Tenéis la bondad de decirme dónde podré encontrar á la señorita Rosa Godin?—preguntó á una pescadera.

Dirigióse precisamente á Clara la *Pintada*, que le miró de arriba á abajo con sus negros ojos y poniéndose en jarras replicó:

—¿La hija de la Godin?

Hizo la réplica en voz muy alta y encarándose hacia su rival de modo que todos pudiesen oírle:

—Rosa Godin,—repitió el marqués de Breynes con mucha cortesía.

—Ya lo oigo; se trata de la perla, el fenix, la rosa, el ave rara del barrio. No hay necesidad de que se lo preguntéis á nadie; buscad, que no está muy lejos. ¿Queréis servirla en algo? ¿Hacerla un regalo? ¡Bah! ¡No seréis el primero!

—¡Víbora!—murmuró la madre Brejot.

Rosa estaba oyendo todo esto y ni por un momento se alteró su tranquilidad.

—Decid cuanto se os antoje y cuando acabéis avisad,—dijo una voz.

—Aquí hay un caballero que desea llevaros á dar un paseo por el campo y tiene el coche esperando á la puerta.

—¡Y bien! ¿Qué os importa á vos que me espere ó no, espina de bacalao, mulata mal hecha?—contestó Rosa mostrando al fin su cólera.—Esto se va echando á perder.

—Seré una mulata mal hecha; pero oye tú,—chilló la *Pintada*,—de mí se sabe quién es el negro que me hizo. Al menos tengo eso en mi favor, y no todos pueden decirlo, ¡vuelve por otra!

Este insulto hizo que se agolpase la sangre á las mejillas de Rosa, que cogió un cuchillo colocado sobre el tablero de mármol con intención de arrojarlo á la cabeza de Clara; sin embargo, se calmó en seguida, dejó el cuchillo en su sitio y se contentó con dirigir una desdeñosa mirada á su rival y colega.

—Es más prudente que tú,—dijo la madre Brejot á Clara la *Pintada*;—pero al fin vas á conseguir que se destape la cerveza, entonces todo será pan bendito, y cuando hayas recibido una buena cachetina, ¿quién no se reirá de tí? Todos los que te conocen.

—¡Que venga, y la prometo que no necesitará peñadora para deshacerse el moño!—murmuró entre dientes Clara.

Δquel espectáculo le gustó sobremanera

al marqués de Breynes, por más que no lo dió á conocer.

Acercóse este al puesto de Rosa y la saludó con tan exquisita cortesía como si tratase á una Marquesa auténtica.

La acometida de la revendedora de Meraud proporcionaba materia para un exordio.

—No podéis figuraros,—dijo,—cuanto siento el haber sido la causa involuntaria del disgusto que acabáis de tener y del que fui testigo. Os ruego que me perdonéis.

—No hagáis caso, que no vale la pena; es muy difícil contener una mala lengua,—contestó Rosa.—¿A quién tengo el honor de hablar?—preguntó pasados unos segundos.

—A uno de los amigos del señor Kerhoët.

—¡Ah!

—¿No os acordáis, señorita, de haberme visto en la estación de Trouville?

Recordó Rosa que aquel era uno de los dos viajeros que la contemplaban con tanta impertinencia en el momento en que iba á tomar asiento en el vagón.

—Estos últimos días los pasé en Morville,—añadió el Marqués,—y ahora vengo de allí.

Dirigióle la joven una mirada de asombro, del mismo modo que si quisiese decirle:

—¿En qué puede interesarme el que venáis ó no de allí?

Al mismo tiempo y con una ligereza extraordinaria vendía una trucha á una criada y cobraba su importe, y esperaba que el desconocido se explicase.

—Deseo mucho tener una conversación con vos.

—¿Particular?

—Sí.

—Entonces tendrá que ser en otra parte, porque aquí no hay medios de hablar reservadamente con nadie,—contestó Rosa sonriendo,—pero, ¿no podéis decirme de lo que se trata?

—De un asunto de la más alta importancia.

—¿De veras, muy grave?—preguntó la joven con acento de incredulidad.

—Y que sin duda influirá de un modo decisivo en vuestro porvenir y en el de otra persona,—contestó el marqués de Breynes.

—¡Ah! ¡El porvenir,—exclamó con tono jovial la pescadera,—ya sabemos cual es sin necesidad de ser adivinos! No es ni muy brillante ni muy venturoso, afortunadamente no tengo ambición.

—Pues sois de aquellas personas que pueden ambicionarlo todo,—respondió el Marqués,—pero este no es el sitio á propósito ni la hora, á lo que veo, para exponeros las razones que aquí me traen.

Dijo esto el señor de Breynes, porque observo que Anita empezaba á recoger muy de prisa los pescados metiéndolos en las cestas con hielo como una persona que se disponía á cerrar el puesto y marcharse á tomar el sol.

—Sí, tenéis razón, y no quiero ocultaros que hoy es para nosotros día de fiesta, y

que esperamos con mucha impaciencia á que den las doce,—dijo Rosa.

Breynes bajó la voz para contestar.

—Si vine hoy fue precisamente porque contaba con que tendríais más libertad y podríais concederme una entrevista de una hora.

—Es imposible, porque nos están esperando.

—¿En el campo?

—Sí, en el campo,—contestó Rosa.

—¡Demonio!—murmuró desconcertado el Marqués, para el que ese día de campo se presentaba en el horizonte como una nube negra, preñada quizá de tempestades.

Quedóse pensativo y murmuró:

—¿Tendré ya algún rival?

Y en voz alta añadió:

—Dispensadme si os hago una pregunta que tal vez sea indiscreta.

—Hacedla, porque no tengo inconveniente en contestaros, ni de guardar ningún secreto.

—¿Vais muy lejos?

—Á Argenteuil, voy á pasar la tarde en casa de unos hortelanos.

—¿Y volvéis?

—Esta misma noche; pero muy tarde, porque los días de asueto son tan raros, que hay que aprovecharlos hasta el último momento.

—¡Demonio!—dijo por segunda vez.

Aquel inesperado contratiempo echaba á perder todos sus planes.

—En fin, ¡qué le vamos á hacer, paciencia!—dijo el Marqués resignándose con su suerte.—¿Cuándo os parece que podré hablaros del asunto que aquí me trae?

Contempló Rosa cara á cara, dirigiéndole una mirada penetrante.

—¿Es muy urgente lo que tenéis que decirme?—preguntó.

—Más de lo que podéis figuraros y de la más alta importancia, os doy mi palabra de que es así.

—¿De veras?

—No lo dudéis; tengo la costumbre de hablar siempre con mucha seriedad.

—Hasta ahora no os acordasteis de decirme quién sois.

El marqués de Breynes no olvidaba este detalle y pensaba en el efecto que iba á producir su nombre.

Sacó la cartera y de ésta una tarjeta, en la que, bajo una corona, leyó Rosa:

El Marqués Roberto de Breynes

Rue Prény, 12.

—Dispensadme,—dijo Rosa;—si os hice esa pregunta es porque viene aquí tanta gente y se oyen tantas cosas, que... en fin, ¿qué es lo que deseáis?

—Que me concedáis una entrevista á la hora y en el sitio que juzguéis más oportuno. Os aseguro que nuestra conversaci6n os

interesa sobre manera, tanto á vuestra madre como á vos.

—¿A mi madre?

—Sí, á las dos, ¿creéis que sea necesario que añada que no tenéis nada que temer de mí? Mi amistad con los señores de Kerhoët, mi parentesco con los duques de Rouévres, creo que deben ser otras tantas garantías para vos.

—¡Oh! ¡No soy miedosa, señor! Estamos acostumbradas desde muy niñas á guardarnos nosotras, pero francamente, excitáis mi curiosidad, y puesto que se trata de mi madre é invocáis su interés, creo que no tengo derecho á negarme. ¿Tenéis algún inconveniente en que sea mañana?

Rosa se inclinó un poco para aproximarse al Marqués.

—Deseo que no sea en éstos barrios,—añadió,—porque ya véis lo que pasa. Aquí, como en todas partes, se interpretan mal las acciones más insignificantes, ¿qué dirían si me viesen que estaba entretenida conversando con un señor que tiene coche y corona en las portezuelas de éste?

—¿En dónde, entonces?—preguntó el Marqués.

—En los Campos Elíseos, ¿qué os parece?

—Muy bien.

—Pues entonces en el paseo de la derecha á la entrada de la plaza de la Concordia.

—Conformes.

—¿A qué hora?

—La que os parezca mejor.

—Siendo así, á las ocho y media, si no tenéis inconveniente, porque tenemos que levantarnos muy temprano, y apenas nos queda tiempo para dormir.

—Quedamos de acuerdo, á las ocho y media: allí os esperaré.

—Ahora marchaos. No sabéis cuanto vais á dar que hablar con vuestra venida; aqui os están mirando más que si os traierais con vos la revolución.

Saludóle Rosa al decir esto y entendiendo el Marqués que era una despedida, alejóse sin querer forzar más el éxito; pues era demasiado hábil para intentar lo.

En el momento de subir al coche dirigió una postrera mirada á Rosa, y se alejó de aquellos lugares llevando ante los ojos la deslumbradora visión.

Los celos hicieron sufrir de un modo horroroso á la *Pintada*, que no perdió ni uno solo de los ademanes del Marqués, adivinando que en ciertos momentos éste bajaba la voz y que sus palabras debían adquirir un acento más amable.

—¿Qué será lo que la traiga ese tipo? ¡Bah! ¡Un hotel y rentas para sostenerlo!— dijo con acento burlón.

La otra replicó:

—Lo mejor que puedes hacer es dejarme en paz y no meterte en lo que á tí ni á mí importa.

Y volviéndose á la madre Brejot y á las demás vecinas, añadió Rosa:

—Lo mejor del caso es que no sé siquiera

lo que desea, y que más valía que me dejasen en paz.

—No me dejó engañar por esas palabras,— replicó la *Pintada*.

Estrujó Rosa entre los dedos la tarjeta del Marqués y se la arrojó á la cara diciéndola:

—¡Toma! Si tantas ganas tienes de enterarte vé á ver lo que quiere.

La escaramuza empezó á tomar un aspecto demasiado grave, siendo preciso reconocer que Clara tenía muy pocas partidarias, pues las simpatías eran todas para su rival, debiéndose esto á que la belleza y la bondad ejercen irresistibles atractivos sobre cuanto las rodea.

Había llegado la hora.

Cerró apresuradamente Rosa el puesto y se marchó llevando de escolta á Anita, que la seguía palmoteando para demostrar su alegría.

Subieron á saltos la escalera hasta llegar á su quinto piso; procedió á un rápido tocado y vistió lo mejor que pudo á la huérfana, mientras que la señorita Carpiquel las indicaba con repetidas señas hechas desde su ventana que estaba pronta á echar á andar cuando quisiesen.

Al observarlo preguntóse Rosa si la solterona la habría tomado cariño y si se acordaría de ella en su testamento, pero tardó muy poco tiempo en desechar esas ideas.

No tenía nada de particular, porque sentía apego al dinero, y daba pruebas de soberbia indiferencia tratándose del dios del día,

y lo mismo que la pasaba con el dinero sucedía con ese elegante que dos horas antes trató de intervenir en su vida, y del que apenas se acordaba, no pensando más que en su madre, á la que iba á ver en su paseo, y en ese asueto propio de colegiales.

En la estación encontraron á los dos hermanos Ladurin que acechaban su llegada, y al ver á su amiga, el desarrollado pecho del carnicero se dilató como la seda de un globo.

—Os estábamos esperando,—dijo.

Mostróse muy galante con las señoras, ayudando á la solterona á que tomase asiento en su vagón en medio del barullo de la muchedumbre que los asaltaba dándose empujones ó con una furia semejante á la de una tromba.

A Rosa y á Anita las instaló en un rincón y él se colocó enfrente de su linda paisana, y en su rostro tan varonil como leal traslucíase la alegría, un júbilo infinito, la felicidad de los enamorados que alimentan la esperanza de que algún día han de corresponder á su pasión.

Durante el viaje habló Ladurin muy poco, limitándose á contemplar á Rosa y á lamentar en su fuero interno que el tren corriese con tanta velocidad.

—¡Qué suerte tienen algunos hombres!—dijo á Rosa sin poderse contener y exhalando un suspiro.—¡Cuando me acuerdo de Raguene!...

Llegaron á la estación de Argenteuil y Ladurin bajó del vagón para ayudarlas á

aparearse y aprovechó la ocasión para deslizar este madrigal al oído de Rosa.

—No os veré en todo el día, pero ni un solo momento dejaré de pensar en vos.

Los reyes y los pastores, cuando realmente están enamorados, usan el mismo lenguaje.

Desde el sitio que ocupó cuando se marchó Rosa vió alejarse á ésta contemplándola mientras pudo y deseándola una buena tarde, y no apartó de ella los ojos hasta que desaparecieron tras un sendero del camino.

II

Entre las personas que viven en el boulevard de la Madeleine ó en la plaza del Château d'Eau, y en otros lugares á esos parecidos, hay muchos que desprecian un cuadro sembrado de mijo ó de acederas, y que prefieren un tiesto de geranios á un plantío de zanahorias.

En casa de los Raguene! no se había santificado ni un palmo de terreno, y un topógrafo pasara grandes trabajos para medir el terreno desperdiciado, porque no existía; pero en cambio, ¡qué abundancia de legumbres destinadas á la cacerola!

Para describir aquello era necesario ser

un Virgilio y poseer su estilete para cantarlo con sus exámetros.

Por aquellos estrechos senderos trazados con exquisita parsimonia para no desperdiciar el terreno, paseábase orgullosa como una matrona romana, la corpulenta señora Raguenel mostrando con orgullo su obra, ó mejor dicho, la de su marido, á sus huéspedes. Formaban parte de aquel cortejo, casi puede decirse triunfal, Teresa Godin y Anita, que retozaba en medio de las legumbres respirando aquel aire puro lleno de penetrantes olores, con tanta ansia como el niño al que quitan con demasiada anticipación el pecho, y que le vuelve á coger con afán de una nodriza encontrada por casualidad. Seguía á Teresa la señorita Carpiquel con su modesto traje muy ceñido que no revelaba la posición desahogada de que todos decían gozaba su dueña, porque ésta era así, no le gustaba darse importancia.

Al apearse del tren acompañó á Rosa Godin hasta el huerto de Raguenel, situado en medio del campo, á la salida de Argenteuil; y en la llanura que se extiende hasta Corneilles, y al llegar á alguna distancia de la casa, bastante grande por cierto, y de blancas paredes y verdes persianas, quiso batirse en retirada llevándose consigo á la niña, que se puso muy triste al tener que abandonar á su protectora para marcharse con la solterona.

—Tardaremos muy poco en volvernos á reunir,—dijo la señorita Carpiquel.—Come-

ré con Anita por ahí en cualquier restaurant de los alrededores y luego vendremos.

La intervención de Pedro Raguenel, que estaba al acecho, lo impidió.

Estaba muy perplejo el pobre joven, porque conocía mucho á su madre, y sabía que, á pesar de quererle con ciega idolatría como á hijo único, no haría jamás ciertas concesiones, mostrándose inflexible, pues tenía, además, tanta terquedad como una mula del Poitou cuando se le metía una idea en la cabeza.

Meditó mucho Pedro porque al principio las palabras rudas y secas de la hortelana le impresionaron tanto como si le hubiesen echado un cubo de agua helada en el cráneo, no estando prevenido para recibirle, y dotado de muy buen sentido, comprendió cuán difícil sería para él conseguir que la buena mujer cambiase de determinación.

Poco á poco fuése, no obstante, reponiendo de su emoción, y se dijo que no podía vivir sin Rosa, que si perdía á ésta, experimentaría una pena tan profunda que pesaría eternamente sobre su porvenir, y que á la larga triunfaría de la obstinación de su madre, procurando conciliar como buen hijo el respeto que la debía con el amor que le dominaba.

Colocado al acecho en su puesto, contaba con ansia los minutos que pasaban, y á la una y media, cuando oyó el estridente silbido de la locomotora que penetraba en la estación, comprendió, al observar la violencia

con que palpitaba su corazón, hasta que extremo habiase enamorado de Rosa, y quedóse inmóvil, con la vista fija en el camino de donde ya no la separó ni un minuto.

Al poco rato presentóse la joven sencillamente vestida, con su traje gris de tan menuda raya, que todo él parecía de un solo color, su manteleta negra y una capota de paja coquetamente prendida sobre el cabello.

Desde lejos vió Pedro que á Rosa la acompañaban Anita y otra mujer que se detenía y quería separarse de ella, y saliendo de su casa corrió á su encuentro para enterarse de lo que se trataba. El amor contribuyó á que se mostrase muy hospitalario llevándose á la señorita Carpiquel, que por otra parte no opuso más que una blanda resistencia á dejarse convencer, cediendo sin gran trabajo á la dulce violencia.

A quien agradó más el arreglo fue á Anita, que se consideró muy dichosa al poder librarse de la compañía de la solterona, á la que tiró de la manga como queriéndola aconsejar que cediese, apoyando con sus miradas suplicantes la invitación del pasante. Esa era la causa de que la madre Ragueneel se pasease por sus dominios entre la enferma y la señorita Carpiquel.

En aquellos momentos en que la visita la proporcionaba ocasión de hablar de su difunto reproduciendo su panegirico, asunto del que jamás se cansaba de hablar, considerábase más dichosa la hortelana que la Borgña con sus Duques.

—Podéis creerlo, en la vida nos dijimos una palabra más alta que la otra, ¡un hombre como se encuentran pocos! ¡Siempre trabajando y contento! ¡Diantre! Los comienzos fueron muy duros porque ni el uno ni el otro teníamos un céntimo, no contando más que con nuestros brazos, pero estos eran fuertes.

Enjugóse una lágrima con el extremo del pulgar y la sacudió encima de unos enormes melocotones que estaban en un espaldar.

—No penséis en esas cosas, señora Ragueneel, que os dan mucha pena, — dijo con su vocecilla aflautada la señorita Carpiquel.

—¡Pena! No lo creáis, eso se deja para los sietemesinos, — respondió la hortelana.

A la señorita Carpiquel disgustábala sobremana el lenguaje de la gente del barrio que había elegido para vivir, porque estaba acostumbrada á tratar á personas más distinguidas.

—¡Pena! ¡Al contrario! — siguió diciendo la corpulenta hortelana. — Da gusto recordar á un hombre al que nadie puede reprochar lo más mínimo, y pensaré en él mientras viva. No puedo ver cómo crece una planta de achicoria sin que me acuerde de mi José, y si es verdad que hay una Justicia, debe ocupar ahora un buen sitio en el otro mundo.

— Hay una, mi buena señora, no lo dudéis, — dijo afirmando la señorita Carpiquel.

— Será posible, pero á veces lo dudo al ver que hay personas que valen muy poco ó

que son muy malas, y que á pesar de eso prosperan.

—¿A quién os referís?

—A nuestros Meraud, por ejemplo.

Estremecióse Teresa Godin, y su involuntario movimiento no escapó á la penetrante mirada de la hortelana.

— Ahí tenéis uno, — siguió diciendo, — al que le debe pesar la conciencia; un libertino que no respeta nada, ni á Dios ni al diablo. Naturalmente eso sí le hace pensar á una mucho.

Al oír esta contestación levantó la señorita Carpiquel la cabeza y miró devotamente al cielo, si bien lo cierto era que su devoción existía sólo en la superficie.

Disponíase á insistir en el mismo tema, pero la hortelana cambió bruscamente de conversación llamándola la atención acerca de un terreno cubierto de enormes calabazas amarillas y algunas hileras de lechugas más prodigiosas aún que las célebres líneas de Carnac.

— Están tiradas á cordel, — dijo con legítimo orgullo, — están tan bien formadas como los regimientos, no hay una que esté delante de otra.

Parece inútil manifestar que Pedro Ragueneel daba pruebas á Rosa de la más exquisita cortesía acompañándola á los sitios más misteriosos de ese místico parque en el que la sombra era tan rara como las fuentes en el desierto del Senegal.

Estaba resuelto á quemar sus naves y á

declararse después de haber pasado una noche de insomnio. La práctica es, sin embargo, mucho más penosa á veces que la teoría.

Rosa observó que le pasaba algo.

— ¿Qué es lo que os pasa hoy, señor Pedro? ¿Tenéis jaqueca?

— No.

— Tan pronto os ponéis tan pálido ó amaratado... ¿estáis malo? ¿Sufris mucho?

— No, nada.

— Pues entonces no lo comprendo...

— No sufro, — contestó. — ¡Todo lo contrario! ¡Gozó desde que estáis aquí!

— ¡Qué galante sois!

— No, es que os amo.

¡La palabra mágica habíase escapado. Pedro respiró como quien se quita un gran peso de encima, mientras que Rosa retrocedía obedeciendo á un impulso instintivo.

— ¿Os enfadáis?

— No... no lo creáis... pero esa declaración tan brusca... tan brúscas... ¿Es que tenéis ganas de divertiros?

— ¡No! ¡Y ahora menos que nunca! — respondió Pedro. — Sí, esa es la verdad, os amo y no me atrevía á deciroslo; perdonadme si turbo vuestra tranquilidad, Rosa, os amo de tal manera, que creo que mi amor es más que mi vida, y no paso ni un minuto en París, en el Estudio de mi principal, el señor Durand, sin que me entretenga trazando vuestro nombre en el papel; sois causa de que yo padezca distracciones que llaman la atención á todo el mundo, y desde hace un mes que no co-

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERRACY, MEXICO

meto más que tonterías, y hasta mi principal lo observó llegando al extremo de que ayer me dijo: *¿Qué es eso, Raguene! ¿Os volvéis loco? Pues es preciso que os cuidéis.* No sé en qué me fundo, pero me parece que cuando lo sepáis todo estaré más tranquilo que lo estoy ya. Todas las noches proponíame revelaros ese amor, y cuando por la mañana llegaba á vuestro lado, una timidez necia, estúpida, me cerraba los labios, y entonces se embrollaban las ideas y no sabía encontrar ni una palabra para deciroslo. No sé de donde saqué tanto valor ahora, porque os tengo en mi poder, y sois mi prisionera.

Iba animándose á medida que hablaba, y el rostro del pasante de Notario respiraba lealtad por todos sus poros.

—Dejemos eso á un lado,—dijo Rosa,—porque son locuras. Me amáis, y os creo; ¿de qué puede servirnos ese amor? ¿A dónde nos llevaría? Creedme, señor Pedro, vale más que sigamos siendo buenos amigos, que olvidemos lo que acabáis de decirme y que no nos acordemos de lo demás.

—Lo que me decis es imposible, Rosa,—replicó,—porque no quiero renunciar á vuestro cariño. Escuchadme, Rosa, mi madre tiene ojos de lince y veo que nos está observando. Cogéos de mi brazo y sigamos paseando como si estubiésemos hablando de cosas indiferentes. Sea lo que quiera lo que oigáis, hacedme el favor de conservar el mismo rostro placentero y sonriente.

—Me asustáis con tantas precauciones.

—Váis á saberlo todo, venid conmigo.

Signieron su paseo á través de un regimiento de enormes coles que festoneaban el camino á ambos lados, y se detuvieron bajo unos ciruelos como si buscasen bajo sus copas una sombra protectora que no daban.

—Podéis creer que os digo la verdad, pero no me atrevo á hablar de mis sentimientos delante de mi madre, porque tiene ambiciosas miras, y ¡pobre señora! se cree que el dinero es muy necesario para hacer la felicidad de su hijo.

—Y tiene mucha razón.

—Pues hace muy mal. Quiere que busque una heredera rica y que mi futura me traiga una dote con qué comprar la Notaría. ¿No sabéis que á veces el mejor negocio que hacen los Notarios, es el de su casamiento? Mi madre tiene ideas extravagantes, y una de ellas es la referente al casamiento: os admira, mas sois pobre, y yo os admiro y no pienso en contar lo que poseéis y lo que os falta; os amo y á eso se reduce todo.

Pronunció estas palabras con tanta sinceridad, que Rosa se conmovió, á pesar de sus esfuerzos para conservar su expresión sonriente.

Estremeciése Pedro al pensar que tal vez su madre sospecharía de lo que estaban hablando.

—Inclinad un poco más vuestra sombrilla, os lo pido por favor,—la dijo con acento suplicante.

Cogió la mano de Rosa y la apoyó en su brazo, jugando con una florecilla que acababa de arrancar, y buscó un refugio tras un macizo de avellanos.

Al llegar á aquellos lugares, creyóse con más seguridad, pues no podían verle la hortelana y sus amigas, y sóltando el brazo de Rosa quedóse con la mano, una mano blanca, larga y tan cuidada como la de una gran señora.

Rosa, cuya emoción se había calmado un tanto, no hizo ningún esfuerzo para retirarla. Impulsada por su nativa altivez, no pudo por menos de decirse que el orgullo de la hortelana era un poco más vivo de lo conveniente, porque después de todo, los Ragueñel no tenían en sus venas sangre de Júpiter.

Con esa reserva propia de la joven, obligada á defenderse todos los días contra las asechanzas dirigidas contra su honradez, y que sabe que los que la pretenden y se muestran más ardientes son sus peores enemigos, esperó Rosa á que el pasante la manifestase cual era su pensamiento.

—No hablemos de mi madre, — dijo Pedro con alguna viveza, — tiene sus ideas y yo las mías, por más que esté obligado á respetarlas. En el fondo es una buena mujer, y vos seriais la primera que me echaseis en cara el no complacerla. Tal vez experimente la pobre un disgusto, ¿qué queréis que yo le haga? sueña con la fortuna, mas confío que con el tiempo la convenceré y haré que par-

ticipe de mis ideas. Podéis creerme y tener confianza en mí, cuando os digo que os amo, porque soy un hombre honrado, y no me consideraría como tal si intentaba engañaros.

Pedro estaba muy preocupado con el terror que le inspiraba su madre, y á no haberlo estado tanto, quizás consiguiera mejor su propósito, pues cuando se lanzaba empujado por el amor, volvíase elocuente por un momento.

Rosa, que como mujer, halagaban mucho sus asiduidades, tenía tentaciones, al observar sus respetos, de amarle, y si hemos de decir la verdad, no deseaba otra cosa, y tal vez con un postrer esfuerzo habría conseguido la victoria sobre una plaza próxima á rendirse.

No obstante, el escuadrón volante, dirigido por la hortelana, hizo un reconocimiento por la parte de los avellanos, y obligó á la enamorada pareja á desalojar aquel refugio.

Como consecuencia, Rosa y Pedro tuvieron que continuar su paseo, deteniéndose tímidamente en los apartados senderos, trazados entre plantas, que por su escasa altura, no podían protegerles contra la persecución de aquel jefe de familia con faldas.

¡Amor y negocio al mismo tiempo!

Indicóla que buscaría para establecerse una población en la que la vida fuese agradable, y descendiendo de las nubes, por donde se paseaba hacia rato, indicó que no se dejaría engañar por los listos del Notariado, porque tenía buenos ojos y comprendía qué

negocios eran buenos ó malos, y deseaba, además, como hombre de sentido práctico, asegurarse un porvenir seguro y días sin nubes.

¡Qué felicidad más grande en cambio!

Detúvose después de esto al pie de un árbol, y encarándose en Rosa la preguntó:

—¿Queréis aceptar lo que os propongo?

—Esperó la respuesta con ansiedad porque se creía seguro del éxito.

La respuesta fue muy lacónica.

—No.

Pedro se puso lívido.

—¿Por qué? —baluceó.

—Porque me engañáis.

—¡Yo! ¡Engañaros yo!

—Sí, vos.

—¿Y cómo?

—Porque no es la pobreza lo único que contribuye á que tengáis tanto miedo á vuestra madre, y la que os obliga á ocultar vuestros sentimientos.

—¿Qué es lo que creéis?

—La verdad. Fácilmente comprenderéis las razones que tengo para que no me guste tratar de ese asunto. Respetáis mucho á vuestra madre, y obráis como debéis. Dejémosla con sus proyectos, porque no pienso casarme, ¿por ventura se casan las mujeres á las que les sucede lo que á mí? ¡Una mujer que no tiene más apellido que el materno!

—La verdad es, Rosa, que os adoro y que no puedo vivir sin vos, así que os suplico

que accedáis á lo que os pido, ¿qué me importa vuestro origen? ¿Las faltas de los demás pueden mancharlos á vos siendo tan noble, animosa y honrada? Desde el primer día que vi que os acercabais á mi madre me dió un salto el corazón palpitándome con más fuerza, comprendiendo que en adelante dispondrías de mi vida, ¡sois tan hermosa! que experimenté como un deslumbramiento. En los primeros momentos, cuando os vi tan modesta, trabajadora, sentí gran admiración hacia vos comprendiendo que necesitáis un valor, una resignación casi sobrenaturales para dedicaros á una labor tan ingrata en una población como Paris, en que todos asedian, deslumbrándolas con brillantes ofertas, á las jóvenes que se os parecen. Sí, Paris las dice como Satanás á Cristo en la montaña: *¡Todo lo que ves ahí es para tí!* No obro á la ligera; ¡os ruego, Rosa, que no me rechacéis! ¡Os juro que os amo y jamás amaré á otra más que á vos!

Expresóse Pedro con mucha vehemencia y la pasión que alentaba al lado de aquella joven, tan perfecta como hermosa, le elevaba sobre su esfera.

Faltábale muy poco para ganar su causa y Rosa tenía un alma demasiado sincera para no comprender la lealtad de Pedro, y se hallaba casi dispuesta á faltar á su palabra.

Quedóse pensativa y con la cabeza inclinada sin saber qué decir, porque la fogsidad de Pedro la hacía vacilar.

—¡El dinero!—exclamó el pasante.—¿Qué

es el dinero? Todo ó nada, mejor dicho, todo, pero no cuesta tanto trabajo el ganarlo.

Ese metal, al que despreciaba Rosa, sonó mal en sus oídos produciendo en ellos una discordancia en medio de esas armonías de amor que eran las únicas que la preocupaban en aquellos momentos supremos, y en sus labios quedó la confesión pronta, poco antes, á salir de ellos.

—No me respondéis,—dijo Pedro.

—No sé qué deciros.

—Dejadme que os convenza.

—No estoy tranquila.

—¿Qué tenéis que temer?

—¡Que ese gran amor tan ardiente hoy, se desvanecerá más adelante como tantos otros!

—¡Jamás!

—Eso mismo suele decirse siempre, y después se piensa de otro modo. ¡Cuando llegue ese día quizás me echéis en cara el ser pobre!

—¡Qué mal me juzgáis!

—Y no sólo me diréis que soy pobre, sino que lo mismo que vuestra madre me recordaréis mi origen que os avergonzará.

—¿Y qué culpa tenéis?

—El mundo es injusto á veces, ¡un Notario! ¡No lo habéis pensado bien, porque ya sabéis que es preciso que su clientela no pueda echarle nada en cara!

—¡Ah! ¡No me amáis!—murmuró Pedro con mucho desaliento.

Rosa no contestó. Estaba pensativa.

Signieron su paseo por entre campos des-

cubiertos, en los que estaban sembrados nabos y zanahorias.

—Si, os estimo,—le dijo Rosa,—por la amistad que me profesáis á mí, que soy pobre y no poseo nada, pero...

—¿Y bien?

—No quiero comprometerme ni alentaros, mas desde luego podéis estar tranquilo, ¡tendréis pocos rivales! Os hablo así porque quiero ser sincera y no engañaros, todo lo que pasa en mi vida sucede á la luz del día; no tengo secretos que ocultar y estoy segura, Pedro, de que me querriais menos si supieseis que tengo algún secreto, aun cuando fueseis partícipe de él, ¿es ó no verdad?

El pasante la estrechó la mano con dulzura.

—Sois una criatura angelical,—la dijo,—os obedeceré puesto que así lo exigís, sin embargo de que podéis tener la seguridad de que no cambiaré nunca, ni por nada, ni por nadie.

—¡Quién sabe!—murmuró Rosa sonriendo.—¡Cuántos y cuántos no habrán dicho lo mismo antes que vos!

Terminada esta conversación, dirigieronse ambos hacia el sitio en que se hallaba la hortelana disertando con mucha gravedad, con Florencia Carpiquel, acerca de las cualidades de la lechuga flamenca y de las de la oreja de mulo.

—¿Qué es lo que estabais haciendo por el lado de los avellanos?—preguntó la madre Raguanel.

—Buscábamos un poco de sombra, madre,—contestó Pedro,—y por cierto que es muy difícil en esta casa.

—Las plantas necesitan aire, tierra, sol y agua,—replicó la hortelana.

A los pocos minutos se presentó una criada en mangas de camisa, y ésta gruesa como una arpillera. Desde el extremo de la huerta gritó con voz hombruna:

—¡Ama! ¡Aquello ya está!

Con *aquello ya está* quería decir que esperaba la comida.

—Vamos,—dijo la madre Raguenel,—y divirtámonos lo que podamos, porque hoy es día de fiesta para todos.

Inclinóse Pedro hacia Rosa, diciéndola con ternura al oído:

—Esta será nuestra comida de desposorios.

—El porvenir se encargará de decirlo,—respondió la joven. Y señalándole á Florencia Carpiquel, añadió:—Ofrecedla el brazo.

Pedro obedeció suspirando, porque francamente, perdía mucho en el cambio.

III

MARTA Á ROSA GODIN.

Morville 10 de septiembre.

Te prometí escribirte, mi querida amiga, y cumplo mi promesa con alegría porque fue grande la que experimenté al verte. Cuando te volví á ver recordé en un momento todo lo ocurrido durante los primeros años de nuestra vida, en aquellos tiempos en que juntas vivíamos en la aldea de Fresnes, ignorando aún la suerte que nos esperaba.

Aquellos fueron nuestros buenos tiempos, en que sin cuidarnos de nada nos arrastrábamos y revolcábamos por la hierba, corriendo por entre las matas con nuestras ropas desgarradas por los espinos, sin acordarnos del dinero que más tarde hemos tenido que ganar entre personas desconocidas. En el otoño cogíamos las manzanas caídas al pie de los árboles, y en el verano las amapolas en el trigo, y con muy poco teníamos suficiente para vivir; con una rebanada de pan moreno y un tazón de leche nos considerábamos tan felices como si fuésemos reinas.

¿Te acuerdas, amiga mía? ¡Qué lejos están aquellos tiempos en que tanto nos queríamos! Sentíamos la una hacia la otra una gran sim-